

Entrevista a Marian Díez, presidenta de REAS Euskadi

1. ¿Por qué REAS Euskadi participa en un observatorio sobre el reparto justo de la riqueza?

Reas Euskadi está formada por más de 80 empresas y organizaciones que comparten un objetivo común: construir entre todas otra economía, una economía alternativa a la actual capitalista y heteropatriarcal, una economía al servicio de la sostenibilidad de la vida de las personas y del planeta, basada en otros valores: la solidaridad, la equidad, el cuidado de la naturaleza, la cooperación, el no lucro, el compromiso con nuestro entorno, el apoyo mutuo, es decir, los principios de nuestra Carta de Economía Solidaria.

Desde 1997, año en el que nace, Reas Euskadi ha querido ser no solo una red, sino también ser la impulsora de un movimiento que contribuya con sus aportaciones a la transformación del actual sistema local y global, a través de la creación y la consolidación de iniciativas económicas alternativas. Como resultado, durante estos años, la economía solidaria se ha ido desplegando y se ha convertido en una alternativa real. Y cuando digo que existe ya como alternativa real, quiero resaltar que no estamos hablando de la Economía Solidaria como una idea o un concepto, sino de la existencia de prácticas económicas diversas y transformadoras que están presentes en todos los circuitos económicos y que demuestran que se puede producir, distribuir, consumir y, muy especialmente, vivir en base a otros principios más justos y sostenibles. En la actualidad, las empresas de nuestra red están presentes en sectores como la generación y distribución de energías renovables, las finanzas éticas, la agroecología y la alimentación, los cuidados, la vivienda cooperativa, el comercio justo, la recuperación y reciclaje de residuos, la cultura, la comunicación, etc.

Llevamos años defendiendo y construyendo, desde nuestras prácticas, una economía alternativa que transita hacia un modelo donde las personas, y no los mercados, se sitúan en el centro de la organización económica y social, donde la economía adopta una función instrumental sujeta a las esferas democráticas de participación y decisión ciudadana. Y lo hacemos porque estamos convencidas de que solo así conseguiremos unas condiciones de vida dignas, justas y equitativas para todas y todos.

Nuestra participación en este Observatorio tiene que ver precisamente con esos valores y principios que ya he mencionado. Creemos que es imprescindible en el proceso de construcción de alternativas económicas y sociales reconocer la igualdad en dignidad, derechos y posibilidades de todas las personas, asumiendo y respetando a la vez sus diferencias. Creemos también que es imprescindible redistribuir todos los trabajos socialmente necesarios, incluyendo los que no pasan por el mercado, pero son fundamentales para la calidad de vida de las mujeres y los hombres. Creemos igualmente que el no lucro es una garantía de nuestro compromiso con la redistribución de la riqueza, asegurando además la reinversión de los beneficios de la actividad económica en nuestro entorno, en nuevos proyectos colaborativos y solidarios. Todos estos compromisos están recogidos en nuestra Carta de Principios de la Economía Solidaria.

2. ¿Por qué la acumulación de riqueza y la consiguiente desigualdad que genera son un problema?

Los datos sobre desigualdad y sobre otras consecuencias indeseables del capitalismo actual son insistentes y se mantienen año tras año. Según los últimos informes, la desigualdad no es solo extrema, sino que además está fuera de control. Cientos de millones de personas viven en la pobreza mientras las élites más ricas reciben enormes ganancias. Nunca ha habido tantos multimillonarios en el mundo, y su riqueza ha alcanzado un récord histórico. Mientras tanto, las personas en mayor situación de pobreza del mundo se han empobrecido aún más. El modelo actual es tan insostenible que ni siquiera es capaz de cubrir una de las necesidades más básicas de todas las personas: su alimentación. El hambre en el mundo está en aumento desde 2014 y afecta a 690 millones de personas.

Desde Reas Euskadi creemos que estos datos no son casualidad, son la consecuencia del sistema capitalista que padecemos y, con él, del pensamiento neoliberal, que ha conseguido desvalorizar la propia vida. Toda la organización de nuestro mundo gira alrededor del sometimiento del proceso de producción, distribución y consumo al mercado, así como de la vida a los valores del individualismo y el egoísmo. El modelo capitalista beneficia a las personas más ricas, favorece el dominio y la acumulación del capital como motor del sistema y genera cada vez mayores desigualdades y el empobrecimiento de millones de personas y de regiones en todo el mundo.

La razón de esta desigualdad reside en el hecho de que el capitalismo se guía por la búsqueda de la máxima ganancia para las empresas, el mayor beneficio para el capital, por lo tanto, no le preocupa en absoluto la distribución de la riqueza, ni generar más empleo de calidad, mucho menos garantizar a las personas, a las mujeres y a los hombres que habitamos el planeta una vida justa y sostenible. En este sistema, las personas solo somos meros instrumentos, sujetos económicos entendidos como productores o consumidores, dejando a un lado las dimensiones fundamentales que contribuyen a una vida saludable y digna para todas y todos. El resultado es la existencia de una contradicción fundamental entre capitalismo y sostenibilidad de la vida.

3. ¿Cuáles son las soluciones planteadas?

La propuesta de REAS Euskadi es muy clara. Queremos transformar *de raíz y desde abajo*, nuestra sociedad local y nuestro mundo global. La Economía Solidaria es una práctica fundamentalmente transformadora, dado que choca frontalmente con el modelo capitalista, concediendo a las personas, a sus necesidades, a sus capacidades y a su trabajo un valor por encima del capital y de su acumulación, a la vez que reivindica un modelo socioeconómico más redistributivo y equitativo. Creemos que trabajar junto a otros movimientos sociales en defensa de esta alternativa es algo fundamental para impulsar una transición social y ecológica.

La pandemia de la covid19, por lo tanto, ha vuelto a poner de actualidad algo que las economías críticas y los movimientos sociales llevamos años sosteniendo: la urgente necesidad de replantear los pilares sobre los que se ha asentado hasta ahora el funcionamiento de nuestra sociedad y de nuestro mundo.

Si hubiera que extraer conclusiones compartidas desde las corrientes alternativas señalaríamos, entre otras, estas prioridades: comenzar a construir una nueva sociedad

que cuide a todas las personas -especialmente a aquellas con mayores dificultades-; reforzar los sistemas públicos de educación, de salud y de protección social; prestar atención a los servicios y productos de cercanía esenciales para nuestra vida cotidiana; y, por supuesto, impulsar una transición ecológica que aborde los desafíos a los que con cada vez más urgencia nos enfrentamos.

Para terminar, me gustaría hacer una referencia más específica a la crisis de empleo, una crisis de nuevo agudizada por la pandemia actual. Creemos que en los últimos años se han puesto en evidencia dos cuestiones importantes. La primera que la fuente de la ciudadanía, de los derechos es la persona y no el empleo. La segunda que hay mucho más trabajo más allá del empleo asalariado: el trabajo del cuidado, el trabajo comunitario, etc.

El cuestionamiento del papel del empleo en nuestras sociedades debe conducirnos a proponer cambios importantes que nos permitan transitar hacia un modelo social más justo, sostenible y democrático: nuevas formas de articulación de los derechos sociales no asociadas directamente al empleo, una nueva valoración social y económica de todos los trabajos (productivos y reproductivos) y un nuevo reparto, así como otros instrumentos para redistribuir la riqueza y financiar las prestaciones y servicios sociales.

Uno de estos debates, sin duda, gira alrededor de la importancia de introducir nuevas herramientas como la renta básica, debate impulsado por la progresiva desvinculación del trabajo y salario y por la precarización del empleo, pero también por la crisis de cuidados. En este contexto, plantear el objetivo básico de establecer unos mínimos vitales irrenunciables que deben ser garantizados por el Estado a toda la población es una herramienta que contribuye al reparto de la riqueza y que deberá ser combinada con otras medidas que pongan fin a la especulación, a la acumulación y al consumo desbocado. Pero, también, la renta básica es una herramienta muy válida para luchar contra el heteropatriarcado capitalista, para visibilizar de manera clara los trabajos asociados al cuidado de la vida humana; trabajos que son insoslayables y que nos corresponden a todas y todos.